

## PANDEMIA Y DESIGUALDAD: LOS FACTORES DE UNA CRISIS

Sergio GARCÍA RAMÍREZ\*

En estos meses, colmados de interrogantes, novedades y adversidades, solemos utilizar una expresión que resume nuestras preocupaciones y concentra las ocupaciones que nos aguardan. Decimos que no seremos los mismos cuando ceda la pandemia —domada, para emplear una palabra extravagante y socorrida— y podamos proclamar, izando bandera blanca, que ha cesado la dolencia que nos tomó por sorpresa, consumió nuestras fuerzas y alteró nuestra vida. Sin embargo, me parece necesario revisar esa expresión para definir hasta qué punto no seremos los mismos y en qué medida seguiremos siendo los que fuimos en una sociedad cuyo signo ha sido la desigualdad. ¿Cómo podríamos ser diferentes —es decir, mejores y más provistos— si prevalece la desigualdad y escasean los medios para remediarla?

Tomemos con cautela y matices la idea de que no seremos los mismos, para fijar el sentido y ponderar los alcances de esa afirmación reiterada. Precisemos desde qué perspectiva deberemos apreciar lo que hemos sido, somos y seremos, con el propósito de establecer, en consecuencia, nuestra identidad antes de la pandemia, durante ésta y después de que concluya, si esto ocurre. Por supuesto, esta misma perspectiva se debe adoptar en el examen de la sociedad de la que formamos parte.

Identifiquemos las etapas de nuestro camino: una, que conocemos, la anterior a la pandemia; otra, la que vela sus armas para ocupar el futuro. Y en medio, nuestro presente fugaz, donde tendemos el puente —con altísimo peaje— entre el pasado que no declina y el futuro que no se eleva. Mientras cruzamos el puente advertiremos que al cesar la pandemia no desaparecerán sus consecuencias. Serán perdurables. Mencionaré algunas en este artículo

---

\* Profesor Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas. Antiguo profesor de la Facultad de Derecho.

de opinión destinado a la serie de publicaciones que bajo el mismo título patrocina el Instituto de Investigaciones Jurídicas, con oportunidad y constancia ejemplares, haciendo acto de presencia en la deliberación sobre los problemas nacionales, formulando preguntas de cara a la sociedad y a las instituciones del Estado y sugiriendo respuestas desde su propia competencia.

Se dice que al término de la pandemia —insisto: si hay un final claro y perdurable— no seremos los mismos que observaron los primeros brotes en el alba del 2020, ni los que luego creyeron —instalados en la trinchera de una esperanza ingenua— que no los alcanzarían las olas exaltadas, ni los que después lucharon por contener el asedio. En rigor, todo esto sucedió o sucederá en el tiempo de nuestra vida, aunque ésta se agote pronto. Ya somos los protagonistas de los tres tiempos de esta historia; somos sus actores, supervivientes colocados en diversos escenarios y dotados con distintos parlamentos. En suma, las mismas personas, en distintos escenarios. Nuestras diferencias tradicionales se presentaron en estos escenarios, incendiaron la pradera y ahí prosiguen y crecen.

Si miramos las cosas con esa perspectiva, no olvidaremos lo que fuimos y cómo fuimos cuando el virus llamó a nuestras puertas. Los distintos accesos —que debieron ser defensas— a un mundo sorprendido y acosado tuvieron diferentes capacidades para resistir o sobrellevar el asedio. Abatidas muy pronto, franquearon el ingreso de la pandemia en formas diversas y la encaminaron hacia múltiples desembocaduras. Cuando llegó la pandemia, nuestro mundo se hallaba dividido en parcelas, distantes y frecuentemente enfrentadas. En el conjunto heterogéneo prevalecían hondas diferencias.

El tsunami adquirió la fuerza que pudo —y que fue mucha— en cada región o en cada sector del planeta y de las sociedades nacionales, y sembró las semillas de efectos diversos en tierras distintas. Reconozcamos que ahora sólo se extreman, pero no se crean, las desigualdades que padecíamos y cultivábamos. Por ello la pandemia tiene y tendrá variados alcances y diversa cosecha en las distintas circunstancias en que aparece y avanza. Yo diría, inclusive, que hemos recibido y combatido una pandemia “a la mexicana”: caracterizada por las circunstancias que la rodearon en este país y en este tiempo. Ha sido ella y su circunstancia, en términos orteguianos.

El mundo que emergió en el crepúsculo del siglo XVIII elevó una proclama que cautivó la imaginación del pueblo. Se resumió en una trinidad revolucionaria, de enorme valor moral y político: libertad, igualdad y fraternidad. El discurso formal puso la pica en Flandes, aunque muy pronto se desvaneció en constantes frustraciones. En el pórtico de *El contrato social*, Rousseau denunció que los hombres habían nacido libres, pero dondequie-

ra se hallaban encadenados. La aspiración de igualdad —matizada por las virtudes y los talentos, dijo la *Déclaration* de 1789— naufragó en la realidad implacable. Y la pretensión de fraternidad se diluyó en proyectos románticos —algunos fueron germen de frutos autoritarios— y quedó muy lejos de conducir en serio a las repúblicas emergentes.

Entre esas repúblicas figura la nuestra, que puso a las libertades en estado de sitio y frenó la igualdad con infinitos avatares, aunque ésta fuera el santo y seña de nuestras más genuinas revoluciones, mucho más que las aspiraciones políticas y sus expresiones electorales. Pronto se observó el contraste que operaría como hilo conductor en los pasos de la historia. Hay crónicas elocuentes. Alexis de Tocqueville, testigo de la nueva democracia en América, destacó la fundación de esta república a partir de la igualdad entre los noveles ciudadanos. En el otro extremo, el barón de Humboldt, relator del paisaje opulento de Mesoamérica, denunció la desigualdad que prevalecía en la sociedad mexicana, raíz de la nación y de la república en ciernes: en ningún lugar había mirado una desigualdad tan profunda como la que halló en México. Tenía buena vista: le alcanzó para cubrir de un solo vistazo el paisaje de dos siglos. Y lo que sigue.

La pandemia que se abate sobre nuestras vidas ha tenido una función singular, además de sus conocidas fatalidades: constituye un espejo para que nos contemplemos (salvo los eternos ausentes, dotados del *gen* de la distancia) atrapados por la desgracia y la necesidad de remontarla. Es un espejo para el mundo, que revela vicios y virtudes; lo es para México y para cada individuo que ahí se mira. Al vernos reflejados y revelados encontramos figuras que no conocíamos y acaso no sospechábamos. Miramos cumbres y precipicios, olvidos y abandonos.

A este marco de reflexiones, que deben aterrizar en el único espacio que importa de veras —la realidad estricta— acuden todos los extremos de la desigualdad. Llegan con su múltiple cosecha, que hace la siega en la vida social y política. A ella nos referimos en los coloquios universitarios, donde se carga el acento de los académicos y los intelectuales —harina del mismo costal—, tan vapuleados por la oratoria procaz e incompetente de los herederos del fascismo, que profesan la muerte de la inteligencia. Pero es misión de los universitarios ver las cosas como son y llamarlas por su nombre.

La pandemia “a la mexicana” gravita sobre un país que recibe la tormenta con modalidades propias: las de sus tragedias sociales generadas por una desigualdad radical y profunda. Ésta dota de mayor hondura a las antiguas desigualdades. Además, aporta otras. A eso se refirió la doctrina

sobre la opulencia y la indigencia depositada en los Sentimientos de la Nación. Una doctrina en la que Morelos no se atrevió a decretar la eliminación de ambos extremos de una sociedad injusta; sólo propuso moderarlos. Y en eso estamos y estaremos. Ninguna predicción fundada permite suponer otra cosa; sólo difieren los augurios banales refugiados en discursos irresponsables.

No pretendo agotar aquí la relación de los espacios en que la desigualdad se manifiesta. Son numerosos y flagrantes, y están intercomunicados. En todos se oscurecen las libertades, se derriba la democracia —la integral, sistema de vida, no apenas la formal, refugiada en las urnas— y mengua el paso de la justicia.

El arribo de la pandemia puso a la vista, con escándalo, nuestras carencias en el ramo de la salud. El derecho universal a la protección de la salud fue proclamado por la gran reforma constitucional de 1984, a la que siguió la Ley General de Salud. Aquélla dio alcance universal a un derecho que en 1917 se había limitado a las relaciones laborales y ganó territorio a través de otras enmiendas normativas. Al extenderse el derecho de los individuos, se ensancharon los deberes del Estado. La reforma del 84 fue el fundamento de un sistema nacional de salud para brindar protección a todos los habitantes de la República mediante el despliegue de acciones públicas y privadas y la construcción de un régimen de obligaciones estatales consecuente con el esquema federal. La misma aspiración universalizadora se desprende, por supuesto, de los tratados internacionales y de la jurisprudencia supranacional vinculante para México. Dicen éstos que corresponde al Estado proveer atención a la salud de los individuos bajo su jurisdicción.

Pero la pandemia, espejo de la realidad, avanzó en el cauce de la desigualdad y produjo nuevos estragos. Quiero puntualizar que nada de lo que digo merma el reconocimiento que debemos a los servidores de la salud. Lo reconozco y lo destaco. Éstos —y varias instituciones, en la medida de sus posibilidades, notoriamente distintas— han enfrentado sus tareas con solidaridad valerosa. Empero, padecemos carencias muy severas para la atención de la pandemia y de otros campos de la salud y la enfermedad. Aquéllas revelaron y ampliaron la brecha de la desigualdad, negando a millares de ciudadanos desvalidos lo que pueden obtener, con sus fuerzas, otros mejor dotados para resistir y subsistir. Mírense, por ejemplo, los índices de letalidad en instituciones públicas y privadas.

La desigualdad en este sector de los derechos individuales y de los deberes públicos —sumada a desaciertos de orientación y conducción, que tienen otra fuente y entrañan otras responsabilidades— no permitió resolver a tiempo las carencias. No tiene caso hacer aquí el relato de las vicisitu-

des que afrontan los desvalidos a la puerta de centros de salud, la carencia de equipo suficiente para brindar a todos —no sólo a los más jóvenes— los servicios indispensables para preservar su vida, la falta crónica de medicamentos, la escasez de personal, la exposición de los servidores de la salud a riesgos y daños, la angustia y la indignación de las víctimas.

Esos y otros avatares llenarán muchas páginas cuando se haga la historia de la pandemia y de la reacción que tuvieron, para contenerla, la sociedad y el Estado. Este es otro rostro de la desigualdad, cuyos frutos observamos ahora mismo o se verán en el corto plazo, como consecuencia de omisiones y desaciertos, carencias y desvíos, políticas erróneas y tropiezos administrativos. Digo que no tiene caso reiterar los relatos y las cifras que sustentan estas afirmaciones, porque los hechos son ampliamente conocidos y han sido unánimemente deplorados.

Voy a otro ámbito en el que la desigualdad está cobrando infinidad de víctimas y muy pronto victimará —a través de consecuencias previsibles— a la nación entera, aunque no a todos y cada uno de los mexicanos. Me refiero a la educación, “palanca del desarrollo” y factor de la justicia; a la educación que mueve al país y preside el futuro. Hoy, los problemas de la educación están redefiniendo —no hay discurso que pueda impedirlo— el porvenir de millones de mexicanos. Finalmente, ocurrirá lo que podemos aguardar en función del estado en que nos encontramos: habrá alivio para algunos y derrota para muchos. ¿Cómo se aplicaría a unos y a otros la expresión que proclama que al final de la epidemia no seremos los mismos? ¿Desde qué perspectiva y con qué horizonte a la vista?

La medalla de México —no diré la moneda— está en el aire y comenzamos a advertir cómo caerá: qué cara prevalecerá y cuál quedará sepultada. Obviamente, no hablo de individuos y no acudo a fatalidades. Me refiero a legiones —generaciones— de mexicanos y dejo abierto el camino de las salvedades y los esfuerzos excepcionales, que rendirán frutos extraordinarios. Pero este no es el designio de la educación. Se propone un alcance mucho más noble y ambicioso: quiere operar para todos y construir, con esa operación generosa, el futuro de todos. No se reconoce como el privilegio de algunos, sino como un derecho universal, al que debe responder el Estado.

Hasta la víspera de la pandemia habíamos avanzado lentamente —pero avanzado— en el proceso educativo, remontando poco a poco las piedras sembradas en su camino por múltiples factores. Entre éstos figuraron razones o sinrazones políticas, sociales, económicas y administrativas, antiguas y recientes. La historia es muy larga, muy compleja, muy accidentada. Innumerables obstáculos poblaron la marcha de la educación, que procura,

entre otros fines relacionados con los valores y principios de una sociedad democrática, favorecer la capilaridad social, dotar de oportunidades a quienes llegan a este mundo sin ellas, permitir el tránsito ascendente, uniformar la suerte de los ciudadanos para que sean compatriotas, con todo lo que esta palabra entraña.

Operando bajo el viento de la desigualdad, la pandemia ha comprometido el porvenir de México. La educación declina, inexorablemente, sin que esta afirmación desconozca el trabajo inmenso que se está emprendiendo para evitar que perdamos una generación o más en el naufragio educativo. Con ese abatimiento también se contraen los recursos actuales y futuros de millones de mexicanos, en contraste con el paso firme y seguro de una compacta minoría. Aquéllos son los débiles de siempre. Enhoramala. Éstos son los fuertes y afortunados. Enhorabuena. La educación se nos convierte en un asunto de fortuna, mucho más de lo que fuera. En esas condiciones, no es fácil salvar la distancia que existe entre el espacio tradicional en que discurría la vida y el nuevo espacio digital, colmado de exigencias que no todos pueden satisfacer.

Alejados de las aulas y carentes de los recursos que permiten el acceso a la educación formal —que tampoco es pasaporte a la excelencia, tan denostada— una muchedumbre de niños y adolescentes desertan de la escuela o no acceden a ella, llamados al trabajo, la indigencia u otros destinos, muy lejos de ser luminosos. A propósito de quienes no quedan inscritos en el proceso educativo de salvamento o desertan sobre la marcha, expulsados por las circunstancias, se ha empleado una figura elocuente: supongamos un convoy al que no suben los pasajeros que debieran hacerlo o del que bajan los que ya se hallaban a bordo: el que se baje no volverá a subir, o tendrá que vencer inmensos obstáculos para intentarlo.

Así como reconocí el trabajo ejemplar de los servidores de la salud, debo apreciar el de un gran número de docentes, asociados a padres de familia resueltos a sacar adelante la vida de sus hijos. Heroico trabajo, que rendirá frutos. Sin restar un punto a esta hazaña individual o colectiva, preocupa y duele el sino de quienes permanecen y persistirán sumergidos o invisibilizados por la desigualdad. Éstos se han visto o se verán reducidos a magros procesos educativos, desalentados por la carencia de instrumentos y de recursos que les permitan entrar bien equipados a la lucha por la vida: vida genuina, no sólo supervivencia.

Se ha propuesto un giro radical en los métodos de enseñanza-aprendizaje, que aplicamos bajo costumbres y rutinas, prácticas y estilos propios de la vida que llevábamos antes de la pandemia y que ésta alteró profundamente.

Es obvio que muchas familias mexicanas, a las que pertenecen los educandos de los niveles básico y medio, no cuentan con los recursos necesarios para proveer a sus hijos con los instrumentos que les permitan llevar adelante, en serio y con eficacia, la educación que requieren. La deficiente — injusta— distribución de los instrumentos impedirá el acceso a los procesos educativos: hay quienes carecen totalmente de aquéllos; así, grandes grupos de compatriotas marginados, trátense de indígenas, de discapacitados o de vulnerables por extrema pobreza. ¿Cómo pretender que haya educación para todos, cuando no todos cuentan con los medios para recibirla?

Las condiciones materiales prevaletentes en un buen número de viviendas —espacios insuficientes y reducidos, ocupados por muchas personas y destinados a usos muy diversos—, las circunstancias en que se desarrolla la convivencia cotidiana y las relaciones que existen entre los miembros de la familia, las diversas necesidades de los educandos que forman parte de ésta, la presión de los elementos que gravitan sobre esas pequeñas comunidades —en la doble dimensión individual y colectiva—, y otros datos de una realidad que se ha modificado mucho en poco tiempo, complican el desarrollo de los programas educativos.

Agréguese a esta relación la falta de conocimientos o de práctica de muchos docentes sobre los procedimientos que hoy se pretende aplicar, y el gravamen que impone —se quiera o no: es un hecho— la lejanía entre los alumnos y los maestros. Este binomio, cuya sede natural es la contigüidad entre educadores y educandos, el denominado trabajo “presencial”, se rompe o diluye cuando la relación es electrónica, “digital”, “virtual”, a través de una pantalla.

Añádase la apremiante necesidad que tienen muchos jóvenes de ingresar efectivamente a la fuerza laboral y aportar recursos a su familia, oprimida por la generalizada declinación de la economía. He ahí una constelación que conspira contra el viraje radical —y efectivo, se entiende— en los procesos educativos. En contraste con estas condiciones de vida y educación de la mayoría de los niños, adolescentes y jóvenes mexicanos, se hallan las correspondientes al sector que cuenta con medios bastantes para satisfacer las exigencias de la “nueva realidad” en que se desenvuelve la vida: tiempo, holgura doméstica, instrumentos tecnológicos y costumbre de utilizarlos, apoyo suficiente para incorporar alternativas de educación y recreación. Operan, por encima de las buenas intenciones, la llamada brecha digital y los problemas de conectividad que aún no resolvemos.

La desigualdad que prevalece en nuestra sociedad está abriendo grandes fisuras entre los mexicanos, que no cerrarán en mucho tiempo, o acaso

nunca. Había más de “un México”; nos sabíamos diferentes; observábamos los abismos que mediaban entre nosotros. Hoy se ha formalizado esa diversidad —en una misma sociedad de mexicanos, que serán cada vez menos compatriotas—, y se está extremando la profundidad de los abismos.

He aquí la peor herencia que nos dejará la pandemia: siembra de pobreza en la tierra yerma. En fin, injusticia ¡Cómo quisiéramos que los discursos y los esfuerzos formales —que los hay, y son plausibles— pudieran remediar este curso inquietante! ¡Cómo deseáramos que los millones de niños y adolescentes obligados a valerse de sistemas provistos por el avance tecnológico, pudieran contar efectivamente con los medios —docentes y materiales— que les permitan marchar con la velocidad y la fuerza con que lo harán sus compatriotas mejor dotados!

Entramos a la pandemia en condiciones de profunda desigualdad. Ciertas acciones de gobierno —tema en el que no me internaré en este momento, pero que ocupa un lugar relevante en una “transformación” con destino incierto— han incidido en la mirada que se dirigen las fracciones o, mejor dicho, las “facciones” que integran la sociedad civil y política. No tenemos certeza —verdadera y bien fundada— sobre el tránsito que hemos emprendido, y mucho menos acerca de sus estaciones y su puerto de arribo. Sabemos, eso sí, que al salir de la pandemia se habrán agravado las condiciones de desigualdad profunda que hemos sufrido durante todo el tiempo. ¿Seremos otra sociedad? Creo que no: seremos la misma, con nuevas complicaciones: en cantidad y en calidad.

Bajo el imperio de acontecimientos que no controlamos y con distancias sociales que crecen y militan como fuerzas encontradas, estamos reconstruyendo —es el discurso a la mano— la sociedad de esta nación compleja y las instituciones de esta república en marcha. La desigualdad jugará un papel decisivo en este delicado proceso. La influencia de aquélla disminuiría —pero no cesaría— si acertásemos a encontrar factores de compensación o igualación que operen con presteza y suficiencia. Mejor todavía si actuaran bajo una divisa: justicia. Si eligiéramos este camino para andar el nuevo trecho de la historia, habría que intentar un nuevo pacto social. Por supuesto, no me refiero a un nuevo documento, saturado de ilusiones, sino a un verdadero acuerdo nacional que alivie la situación que padecemos y, más aún, la que se avecina. La posibilidad de alcanzar este pacto —y más todavía: la necesidad imperiosa de formalizarlo cuanto antes— no figura en la agenda de los factores reales de poder que ahora disputan, como siempre, el rumbo y el destino de México.